

## ¿Pakistán, la gran hoguera?

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 30.12.07

El asesinato de Benazir Bhutto era totalmente predecible. Lo intentaron sin conseguirlo el mismo día de su regreso a Pakistán, el 18 de octubre. El pasado jueves, con pleno éxito. El país vive agitadas turbulencias. La violencia es una constante desde su creación, al separarse de India, en 1947. Como si su misma existencia de Estado independiente y soberano llevara en sí la marca de un sino trágico.

Pakistán nació con el presagio de un destino adverso: la opinión absolutamente contraria del Mahatma Gandhi a su segregación de India, porque la adivinaba como inadecuada para la realidad de un inmenso subcontinente al que el dominio británico había dado cohesión, antes inexistente, y en la que cabría una variedad casi incontable de diversidades étnicas, políticas, culturales y religiosas. Como si el Mahatma, padre moral de la liberación del colonialismo imperial británico, adivinara el estigma que comenzó con uno de los éxodos más inhumanos de nuestra época.

Y todo lo que se pretendió acabar con la secesión sigue ahí, presente, activo, desesperadamente encrespado. El Pakistán estado nación que quisieron los fundadores como Ali Yinah ha ido perfilándose imperfectamente en ocasiones con modalidades jurídico-constitucionales de Estado de derecho o en forma de dictadura militar. Pero ni siquiera la guerra de secesión de lo que es actualmente Bangladesh, en 1971, con

un coste elevadísimo de víctimas, consiguió una cohesión que alejara los demonios internos del país.

El asesinato de Benazir Bhutto pone al rojo vivo la crispación pakistaaní. Fue ya así con la muerte de su padre, el jefe del gobierno Ali Bhutto, ordenada por el general golpista Zia ul Haq en 1977. Y si ha habido cambios desde entonces han sido en definitiva para peor por dos causas: la progresiva fuerza y radicalización de la base religiosa y la implicación de Pakistán en los graves acontecimientos de Oriente Medio, precisamente ligados a la islamización creciente en su vertiente política. Lo cual se produce en una doble dirección: no es posible entender los críticos desarreglos que conmueven Pakistán sin tener en cuenta lo que ocurre en Afganistán, Iraq, Irán, Turquía, Líbano, Siria, el terrorismo islamista internacional o Israel y los palestinos. Y al mismo tiempo todos estos puntos conflictivos nos remiten a la angustiada pregunta: ¿y Pakistán? Y al gran temor: ¿y si Pakistán estalla?

Allí miles de escuelas coránicas (madrzas) son caldo de cultivo de un islamismo combativo. Y allí el polvorín islamista de Afganistán ha tenido apoyo y santuario. Fue así durante la guerra contra los soviéticos en los años ochenta: cuando los talibanes ocuparon el país e impusieron el rigor extremo de un implacable régimen religioso. Pero todavía más cuando posteriormente Musharraf contribuyó en la empresa norteamericana de echarles. En todos estos casos la alianza con Estados Unidos agravó hasta extremos difícilmente practicables las múltiples causas de descomposición interna. Y revierten en la persona del general presidente Musharraf desde que dio el golpe de 1999.

Sus arbitrariedades, sus ambigüedades, su juego a diversas bandas, han acentuado los males antiguos y nuevos del país. La oscilación irresoluble entre, por una parte, la legalidad de un constitucionalismo moderno y el recurso a la dictadura militar; por otra, entre estas opciones y el tribalismo endémico, unido al crecimiento imparable de la versión política de la fe coránica. Decir hoy sí y mañana no a los talibanes sin llegar a hacerlo del todo ha hecho que ni entre el ejército, y menos aún entre los servicios secretos, sea suficientemente claro. La frontera con Afganistán es una inmensa área confusa donde el tribalismo tradicional de Waziristán, tanto en el norte como en el sur de la región, y Beluchistán sudoccidental constituyen un continuo territorial con los casi dos tercios de tierra afgana dominada por los talibanes, a los cuales las fuerzas norteamericanas y aliadas no encuentran cómo vencer.

En estas condiciones, el futuro de Musharraf es ahora mucho más que incierto. Hay quien le atribuye la responsabilidad del asesinato de Benazir Bhutto, cuando en realidad la presencia de ella en las - hasta su muerte- próximas elecciones de enero venía a ser uno de los pocos signos de legitimidad y asentimiento que le quedaban. Sin ella, Musharraf aparece como un mixtificador desnudo, militar descalificado por sus manejos ambivalentes en un país desgarrado incluso por la lucha feroz entre chiíes y suníes. El asalto militar a la mezquita Roja de Islamabad en julio se proyecta como una maldición sobre su persona. Y si se desató después una sucesión de atentados con crecida suma de muertos y heridos, es impredecible lo que ahora pueda suceder. Sin descartar que el mismo Musharraf sea desbancado o asesinado a su vez, incluso por gente de su entorno.

Así el interrogante de Pakistán se proyecta sobre el gran Oriente Medio con una alarma que alcanza a Estados Unidos, India y China. Precisamente cuando el fracaso militar en Iraq y Afganistán induce a la diplomacia norteamericana a propiciar acercamientos del Gobierno de Karzai a los talibanes; respecto al futuro de Iraq, el general Petraeus y el embajador Clarke apuestan por el divide et impera interior como base para conseguir arreglos concertados con Siria e Irán; en la conferencia de Annapolis Condoleezza Rice se esforzó en el empeño casi imposible de obtener un arreglo entre israelíes y palestinos. Y hasta el presidente iraní Ahmadineyad aceptó la invitación del monarca saudí de emprender con carácter oficial la peregrinación a La Meca con el propósito de cancelar una honda desconfianza. ¿Pakistán puede añadir una llama gigantesca a las hogueras que tan trabajosamente y con escasas esperanzas se intentan apagar?